

ALVAREZ DEL VAYO: EL ULTIMO OPTIMISTA

LA controversia histórica en torno a la figura del ex ministro de la República que acaba de fallecer en Ginebra, Julio Alvarez del Vayo, fue lanzada por el juicio que sobre él formara el dirigente socialista, con quien había colaborado estrechamente hasta 1937 (1). En las cartas a Enrique de Francisco, luego publicadas por éste en un volumen con el título de *Mis recuerdos*, Largo Caballero era terminante al valorar al que fuera su ministro de Estado entre septiembre de 1936 y mayo de 1937: «Se titulaba socialista, pero se hallaba incondicionalmente al servicio del Partido Comunista» (2). La base de tal acusación será la sólida penetración del comunismo en los niveles directivos del Comisariado General de Guerra, puesto de confianza que también otorgara Largo Caballero a Alvarez del Vayo. Este, en sus *Memorias*, rechaza en bloque el apelativo, «considerando desde el principio que toda rectificación, toda explicación en este plano, era incompatible con mi sentido de la dignidad» (3).

Los hechos de la guerra vinieron a oscurecer lo que hasta entonces había sido una brillante carrera de periodista al servicio del socialismo. Hijo de un general, la formación de Julio Alvarez del Vayo tiene lugar en Inglaterra, donde asiste a los cursos de la London School of Economics, y conoce a las principales figuras de la Sociedad Fabiana. También entabla relaciones con el grupo de españoles residente en Londres, en particular con Ramiro de Maeztu, momentáneamente empujado a la difusión del kantismo, y con el poeta vasco Ramón de Basterra, al que le une gran amistad. En 1913 cambia su residencia a Alemania, siguiendo estudios en la Universidad de Leipzig; la influencia dominante es aquí la de Wilhelm Wundt, el fundador de la psicología experimental, a cuyas teorías sobre la «psicología de los pueblos» permanecerá vinculado, a pesar de su filiación política socialista. Al estallar la guerra, se traslada a Estados Unidos, donde comienza a trabajar como traductor, y envía sus primeras crónicas a *El Liberal*; más tarde evocará un cable famoso sobre el hundimiento del *Lusitania* por un submarino alemán que hace famoso su nombre a costa de un grave quebranto económico, al no serle reembolsado por el diario ma-

drileño. En 1916 regresa a Alemania, aproximándose a una izquierda socialista en la que descuellan las figuras de Rosa Luxemburg y Liebknecht. Conoce a ambos, convirtiéndose la revolución socialista alemana en el tema principal de su preocupación. Ante el temor de ser detenido, pasa en 1917 a Suiza, y allí llega a conocer personalmente a Lenin en los últimos momentos de su emigración.

En 1918, la fama ganada en *El Liberal* como periodista adverso a Alemania le sirve para ingresar como colaborador de *El Sol*, que Urgoiti ha fundado en diciembre de 1917. Una conferencia pronunciada por Alvarez del Vayo en la Casa del Pueblo, ante miembros de la Juventud Socialista, nos informa sobre su actitud en el período: sin demasiados argumentos teóricos, les exhorta a luchar por la revolución social, aun a riesgo de convertirse en «carne de presidio». En el mismo año, unas crónicas en *El Sol* sobre caciquismo rural van descubriendo su nombre, y pronto es designado candidato socialista por Villena. Naturalmente, fracasa. A partir de este momento, su trayectoria es ascendente: un diario ilustrado de corta vida y grandes medios, *El Figaro*, le nombra corresponsal en Berlín. Tras su quiebra, la situación se endereza definitivamente al nombrarle corresponsal permanente en la capital alemana *La Nación*, de Buenos Aires, tras un golpe afortunado al adelantarse en la información sobre el «putsch» derechista de Kapp. La complejidad de las re-

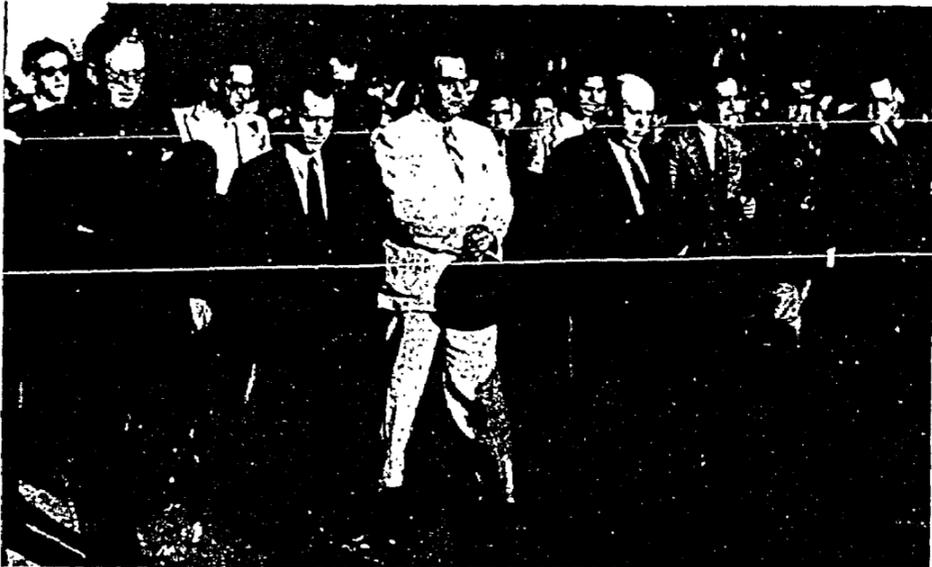
laciones diplomáticas en la Europa que sucede a la Paz de Versalles favorecerá su consolidación como prestigioso informador especializado en política internacional. No por eso olvida, a partir de 1923, militar en la oposición a la dictadura de Primo de Rivera: en una estancia en España, una alusión en un banquete al desterrado Miguel de Unamuno da con él transitoriamente en la cárcel. Pero en conjunto, son años dorados, en que sobre el fondo de la revolución alemana frustrada —tema que evocará largamente en *La senda roja*—, comienza a prestar atención a la construcción del socialismo en la URSS. Por añadidura, su profesión le permitirá efectuar, desde 1922, varios viajes, cuyo balance son dos libros en que la calidad del reportaje domina claramente sobre la capacidad en enfoque teórico. Rasgo que, por lo demás, ha de acompañar a lo largo de toda su vida a la producción periodística de Alvarez del Vayo.

Es así como, un poco a modo de subproducto de su actividad de corresponsal de *La Nación*, Alvarez del Vayo realizará una importante aportación a un subgénero nacido de la excepcionalidad de una experiencia histórica: el libro de viajes sobre la Unión Soviética. Los pioneros habían sido los delegados de organizaciones obreras que visitaron Rusia en los primeros momentos de la Internacional. Tanto el socialista Fernando de los Ríos como el sindicalista Angel Pestaña ampliaron las impresiones negativas de

sus respectivos informes en libros que tuvieron notable difusión: *Mi viaje a la Rusia soviética*, de De los Ríos, con tres ediciones anteriores a la guerra, y *Lo que yo vi y lo que yo pienso*, donde Pestaña confirmaba el rechazo anarquista del bolchevismo (4). La buena disposición del mercado impulsará este tipo de publicaciones, que van desde el cuadro de horrores de Unamuno de la CNT en Rusia, de Combina (con dos ediciones en su año de salida), a los pronunciamientos favorables de un Sender neófito del comunismo. Varios escritores socialistas participaron también de la corriente, optando en sus relatos por un moderado sesgo favorable, no exento de cierto distanciamiento. Es el caso de Rusia al día, de Julián Zugazagoitia (segunda edición, Madrid, 1933), o de *Cómo se forja un pueblo*, de Rodolfo Llopis (segunda edición, Madrid, 1930): «Nosotros, hombres de Occidente —advierte este último—, vamos a penetrar en ese magnífico laboratorio social que es el pueblo ruso, con el máximo respeto para su nueva vida, con una cordial simpatía por el grandioso esfuerzo emancipador que supone, y, sobre todo, con un fervoroso afán de comprensión».

La orientación de los reportajes de Alvarez del Vayo, fruto de una serie escalonada de virajes en los años veinte, en 1922, 1924 y 1928 no

(4) Menos conocidas son las Impresiones de un viaje a Rusia del «tercerista» Isidoro Acevedo. Oviedo, 1923.



En el entierro del general Lukase, en Valencia, Alvarez del Vayo, a la izquierda. Se ve también a Negrín, con traje blanco, Indalecio Prieto, Hernández y al coronel Rojo.

(1) Nace en Madrid, el 9 de febrero de 1891, y muere en Ginebra, el 3 de mayo de 1975.

(2) Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*. Méjico, 1954. Página 212. Cit. apud Burnett Bolloten, «Los partidos de izquierda y la guerra civil», en *Estudios sobre la República y la guerra civil española* (edición de R. Carr). Ariel, 1973. Página 169. Desgraciadamente, en España sólo circuló la versión de *Mis recuerdos* anotada por Mauricio Carlavilla.

(3) Julio Alvarez del Vayo, *Las batallas de la libertad*. Maspéro. París, 1963. Página 302.



Alvarez del Vayo realizaría una importante aportación a un subgénero nacido de la excepcionalidad de una experiencia histórica: el libro de viajes sobre la Unión Soviética.

distere de las anteriores. De los dos primeros viajes resultará *La nueva Rusia* (Madrid, 1926) y, del último, *Rusia, a los doce años* (Madrid, 1929). Alvarez del Vayo sabe calibrar el peso de la coyuntura económica en el juego de frustraciones y esperanzas que ofrece la sociedad soviética; pero, especialmente en *La nueva Rusia*, el cuadro es demasiado impresionista, lo que no quiere decir unilateral. El cronista describe minuciosamente los logros alcanzados en terrenos como la investigación científica, el cine o el teatro, y no esconde la desazón ante «el rigor innecesario» de la represión —con un retrato despiadado de Dzerzhinski, el «fanatismo dogmático» de algunas medidas o la miseria de los emigrantes ucranianos. No obstante, a pesar de la atención que dedica a la cuestión política, con la pugna interior en el partido, no se alcanza demasiada precisión en el conflicto de tendencias. Los mayores elogios van hacia Bujarin y Trotski, que le deslumbra como líder de masas enfrentando al aparato del partido. Pero piensa, o desea, que la unidad ha de renacer, optando en sus conclusiones por una moderación fabiana, donde se suman el rechazo de toda intervención exterior y la esperanza de que la estabilización del régimen bolchevique tenga lugar sobre patrones razonables. «La única política sensata es trabajar por el triunfo de la tendencia moderada del bolchevismo, facilitando la evolución del

régimen soviético y contribuyendo a que Rusia vuelva a la normalidad».

Más ajustada es la visión de los problemas económicos en *Rusia*, a los doce años, con el tema central de la lucha entre los programas de socialización agraria y los «kulaks», «el nuevo grandioso experimento en el campo ruso». Hasta cierto punto, el libro parece una reflexión sobre *La línea general*, de Einstein, sobre la que hablará más de una vez en los capítulos finales. Es el plano político el que se escapa ahora, cubriendo el vacío Alvarez del Vayo con una sucesión de símbolos en que no falta Mijail Bulgakov, presentado en términos muy elogiosos, a pesar de su escasa evenencia con el Régimen.

Habría que recorrer su producción periodística del período, pero la imagen que se desprende de los libros citados y de una novela de base autobiográfica que escribe en los mismos años (*La senda roja*, fechada en mayo de 1928) es la de un escritor sumamente preocupado por unas experiencias revolucionarias a las que se adhiere, más en tanto que acción, lucha concreta, que por unas perspectivas teóricas que se le escapan constantemente. Como si la propia práctica revolucionaria pudiera depurarse, a través de sucesivos ensayos, hasta alcanzar la formulación teórica adecuada. No en vano *La senda roja*, centrada en la preparación y fracaso de la revolución alemana, se cierra con

una cita de Rosa Luxemburg, que Alvarez del Vayo volverá a utilizar en más de una ocasión: «Unicamente peldaño por peldaño, paso a paso, recorriendo el calvario de sus propias amargas experiencias, puede alcanzar la revolución proletaria su completa claridad y madurez».

En 1930, participa activamente en los preparativos revolucionarios del cambio de Régimen, llegando a introducir, en compañía de Luis Arquistáin, un pequeño arsenal en el local de la Editorial España, que este último dirige. Con la República, el vacío operado en la clase política hará que su profesión de periodista se cambie en la de diplomático. Su antigua especialización periodística en los problemas internacionales favorecía la nueva orientación de su carrera. En 1931 y 1933 es nombrado embajador en México y en este último año está a punto de convertirse en el primer embajador español en la URSS. Llega a recibir el «placet», pero los cambios políticos frustran la operación, pasando de momento a integrarse en la Comisión del Chaco, de la Sociedad de Naciones.

En noviembre de 1933, estando aún en América, es elegido diputado socialista. Pronto volverá a España, incorporándose al sector revolucionario del Partido Socialista que se agrupa en torno a la figura de Largo Caballero, y en el que destaca también su conculado Arquistáin. Es una relación profusamente citada, y enjuiciada por la historiografía, pero sobre cuyos aspectos personales e intelectuales conocemos bien poco. Algunos testimonios citan el nombre de Alvarez del Vayo con el de Negrín, entre quienes financian Levstán. Las Memorias poco aclaran sobre este punto, y tampoco arroja luz la producción periodística de Alvarez del Vayo, poco dada a los planteamientos doctrinales. Lo cierto es que en la noche del 5 de octubre de 1934 se encuentra al lado de Largo Caballero en el estudio del pintor Luis Quintanilla, en la calle de Fernando el Católico, aguardando en vano el estallido de la revolución. A pesar del fracaso, la importancia política de Alvarez del Vayo crece conforme se afirma la tendencia largocaballerista. El viejo dirigente confía en él, lo que explica, por ejemplo, su gestión en la venida de Duclos. Desde enero de 1934, Alvarez del Vayo ha alcanzado la vicepresidencia de la Agrupación Socialista Madrileña. En las elecciones de febrero de 1936, será elegido nuevamente diputado. Y en julio de 1936, en vísperas de la guerra, le encontramos todavía acompañando a Largo Caballero en la delegación de la UGT al Congreso Sindical de Londres. La misma significación tiene su presencia como vicepresidente de la candidatura caballerista a la Comisión ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, en junio de 1936.

Todo lo anterior explica que Largo Caballero le designase, al formar Gobierno en septiembre de 1936, para el segundo puesto en orden de importancia de su gabinete el Ministerio de Estado, que ocupa en una primera etapa, hasta mayo de 1937. En calidad de tal, representará en distintas ocasiones al

Gobierno republicano ante la Sociedad de Naciones, hasta su definitiva salida del Ministerio, por el golpe de Casado, en marzo de 1939. Pero no será esta actuación exterior la que cree el complejo de juicios enfrentados que hoy enmarcan la figura histórica de Alvarez del Vayo sino su presencia al frente de un Comisariado general de guerra donde apareciera, de acuerdo con sus detractores, como hombre de paso al servicio del «proselitismo» comunista. El cargo se había creado el 15 de octubre de 1936, y Alvarez del Vayo lo desempeña desde el primer momento. Su posición al producirse la crisis política de mayo de 1937, manteniéndose al lado del nuevo jefe de Gobierno, Negrín, hará el resto, especialmente cuando recupere el Ministerio de Estado, en abril de 1938. Es la imagen poco favorable que transmite Pavne —Alvarez del Vayo como «cripto-comunista» y como agente soviético en el Partido Socialista—, cuya comprobación habrá de esperar a que la consulta de archivos estatales, hoy no disponibles, permita perfilar situaciones y actitudes. Lo mismo que podría decirse de la compleja crisis que en las dos zonas enfrentadas se produce en abril-mayo de 1937. Lo único cierto es la estrecha colaboración con Negrín y su defensa de una prolongación de la guerra en espera de la contienda europea. Su última esperanza sea la paz sin «presalias» (5).

En el exilio, Alvarez del Vayo figurará en los intentos de oposición republicana, defendiendo la línea «negrinista», especialmente en los momentos álgidos en que una inversión de la coyuntura política parece posible (1945-46). Vuelve a escribir, ejerciendo intensamente el periodismo en Estados Unidos durante la guerra mundial. Mas tarde regresa a Europa, preocupándose por las nuevas experiencias socialistas con la misma curiosidad que mostrara en los años veinte por la construcción de la sociedad soviética. Sería representativo de esta actitud su «China vence!», publicado en lengua castellana en París. También redactó unas Memorias, de interés desigual, que conocemos en su versión francesa, *Les batailles de la liberté* (París, Maspero, 1963). En ellas sigue definiéndose como socialista de izquierda, partidario de la unidad de acción de la clase obrera y, sobre todo, de la movilización popular como forma de lucha política. Lo que tal vez puede explicar tras alguna singladura individual, su orientación final hacia el marxismo-leninismo, desde su puesto de exiliado en Ginebra.

Aún recuerdo la sorpresa que experimenté, el mes de enero pasado al ver en un «metro» de París —creo que en el de Raspail— unos «arteles, viejos ya y desgarrados» en su mayoría, en los que se leía la convocatoria de un mitin para mediados de diciembre con la participación de Alvarez del Vayo y Jean Cassou. Y, como fondo, tras la imagen sonriente del viejo socialista la bandera de la República española. ■ A. E.